


 Pá g i n a
l i t e r a r i a

Adolfo Ayuso nace en Huesca en 1956. Ha publicado la colección de relatos *El besugo y la soprano* y la novela *La Caja*. Estudioso del teatro breve y de los espectáculos populares, ha dado a luz *Instinto de comediantes* y, con Helena Millán, *Historia y mecánica de la marioneta en España*. Junto a Fernando Sanmartín, fundó y dirigió la revista literaria *La Expedición*.



S Se acercaba al borde de la piscina, inflaba su pecho y pasaba por su frente la imagen selvática de Jhonny Wesmüller. Él sentía que el agua hervía por el sinuoso movimiento de un saurio africano. Pero el nadador no temblaba. Otras mañanas era Mark Spitz, aquel joven cuya sonrisa relucía en los telediarios más que las siete medallas de oro que conquistó en las olimpiadas de Munich. Aquellas del año de 1972, en las que un comando palestino secuestró al equipo de Israel hasta que la policía alemana lo resolvió sin demasiadas contemplaciones.

El nadador miraba la piscina peinada por el sol. Buscaba en la superficie los espejos del agua. Pero todavía no se arrojaba a ella. Primero se sumergía bajo el chorro de la ducha y se echaba hacia atrás el cada vez más escaso cabello. Se sacudía como un perro de lujo o un dios enojado. Entonces abarcaba con su mirada los trescientos sesenta grados de la vieja piscina del Salduba para cerciorarse de que todos los ojos, especialmente los de las señoras y de las jóvenes -algunas sin el sujetador, mostrando sus pechos de

mandarina, estaban pendientes de sus evoluciones.

En ocasiones daba dos botes que lo hacían ingrávido, otras tomaba la temperatura del agua con la mano y las más se zambullía con el cuerpo recto y picado, cortando el aire con la suavidad de un velero y salpicando no más allá de cuatro o cinco gotas. Navegaba bajo la superficie con un poderoso y rítmico vaivén de los pies, los brazos en quilla. Daba luego dos vigorosas brazadas cuando sentía que el aire se agotaba. Entonces, rompía la mansa lámina del agua y afloraba con la majestuosidad de un escualo. Tenía la sensación de emerger cada verano dos palmos antes, pero nunca creyó en una disminución de sus capacidades. A nadie refirió la sospecha de que los empleados municipales alargaban la piscina medio metro cada año, con el sano y democrático interés de que cupieran más bañistas. Su mujer le esperaba con una toalla, que fue blanca una vez, para envolverlo y frotarle la espalda cuando hubiera realizado los diez largos. Operación que repetía cada hora con la precisión de un reloj suizo.

Los más veteranos socorristas me contaron que el matrimonio

EL MEJOR NADADOR DEL MUNDO

Adolfo Ayuso

Ilustraciones: Samuel Urtxaga



untaba sus cuerpos con aceite de oliva y que siempre, desde hacía quince o veinte años, llevaban los mismos bañadores negros. Una o dos veces al mes, caminaban juntos y cogidos por los hombros hacia el bar. Él pedía una cocacola y ella, que pagaba arañando un pequeño monedero, un trinaranjus de limón. Gustaban de seleccionar siempre el mismo disco de Franco Battiato en la sinfonola que el encargado del bar había rescatado de un prostíbulo de la calle Cerezo. Se miraban entonces con cierto aire solícito y entretenido. A los sesenta años, cuando las únicas miradas que se dirigen los matrimonios oscilan entre la desidia y el resquemor. El elástico de los bañadores hacía tiempo que había dado de sí y los enrollaban en torno a sus muslos y sus vientres para no perderlos en sus breves paseos por el césped. Las matronas de grandes ubres y las señoritas de pechos de mandarina no podían evitar cierto mohín de repugnancia cuando pasaban cerca de donde ellas se carbonizaban bajo el sol.

Es cierto que las toallas estaban raídas y que el aceite mezclado con el sudor les daba un olor característico, pero nunca se metieron con nadie. Hasta hace dos veranos, cuando él comenzó a proferir insultos, en especial a los más jóvenes, y a presentar luego sus quejas en recepción. Aseguraba que los bañistas le tenían envidia y que se interponían en su camino para estorbar el ritmo de sus brazadas. Sin duda lo hacían a posta pues esperaban a que se introdujera en la piscina para saltar también ellos al agua. Mientras protestaba, su mujer permanecía en tenso silencio, rubricando con la mirada la certeza de aquellos hechos que el nadador denunciaba. Alguna vez, le animaba: cuéntales, cuéntales lo que te hicieron el otro día. Hubo que emplear mucha mano izquierda: procure venir a horas en que haya poca gente y así podrá nadar más tranquilo; los chicos van atolondrados y atentos sólo a sus juegos, no lo hacen de mala fe. Resoplaba y maldecía. Se han enterado de que fui campeón de España, decía, y ahora se empeñan en que les dé clases. Pero no puedo, tengo el día muy ocupado y además no se podría sacar partido, la natación se lleva en el alma y estos jóvenes van ya cargados de vicios irreparables. Volvía a resoplar y maldecir. Su mujer le acariciaba la espalda y le ayudaba a vestirse una camiseta verde con propaganda de una conocida colonia. Se marchaban sobre las ocho de la tarde. Él tieso y marcial, ella colgada del brazo del mejor nadador del mundo.

Al abrir la temporada del verano pasado, los viejos no aparecieron por la piscina. El personal de las instalaciones deportivas pensó que habrían cambiado de barrio o quizá hubieran caído enfermos. De cualquier forma, era un problema menos. Los dueños de una tienda de ultramarinos, cercana a la universidad, contaron en el bar que la mujer había muerto en marzo. Y que su marido no levantaba la mirada del suelo y que cuando bajaba a la tienda, a veces, se le había olvidado qué tenía que comprar.

A primeros de agosto, el nadador se dejó caer por la piscina. Caminaba por el borde de cemento como si llegara tarde a algún sitio, con pasos rápidos y tristes, tan diferentes a aquel ballet gimnástico que antes exhibía. Los bañistas se apartaban al cruzarse con la sombra que le sajava la cara. Alguna tarde especialmente calurosa, se metía bajo la ducha. Sin vigor, sin echarse el pelo hacia atrás. Permanecía largo rato, bajo el chorro, mirando el lugar en el que solían tender sus toallas. Su pelo era una medusa cana y sus ojos no estaban conectados a su cabeza. No probó el agua de la piscina, sólo daba vueltas en su derredor. Y miraba el agua. Como si la piscina fuera la bola de una médium.



Un día de finales del verano, cuando el personal de mantenimiento abrió las instalaciones, hallaron flotando sobre el agua un trapo negro. Lo recogieron con una larga caña y, cuando lo iban a arrojar al contenedor, Ana, la médico de la piscina, dijo: es el bañador del campeón de natación.

Miraron en el fondo de la piscina, recorrieron todos los setos y los más ocultos rincones: la caseta de cloración, el cuarto de herramientas y la trasera donde el encargado del bar guardaba las cajas de cerveza. Ana, la médico, me confesó que los hombres-rana de bomberos habían rastreado el fondo de la piscina por si había zonas turbias escondidas en la transparencia del agua. O quizá buscaban grietas o pozos que conectaran con el Ebro. Se llegó a vaciar la piscina, un martes. La dirección alegó reparaciones propias del mantenimiento habitual. Ni la policía ni nadie dio con él.

Ya lo ha olvidado casi todo el mundo, me dice Ana mientras comemos en el bar de la piscina. Pienso que todos olvidamos todo. Quién se acuerda de Mark Spitz o de aquella acción de Munich que puso en las pantallas de televisión de todo el mundo el problema palestino. Siempre aprovechas cualquier conversación para hablar de política, me dice Ana. Me callo y ella me cuenta que estos días ha vuelto a pensar sobre aquella pareja de ancianos: "una mujer que vive en los adosados de lujo aledaños a la piscina -son mujeres que sólo acuden a primeras horas de la mañana, cuando apenas hay mirones que puedan espiar sus cuerpos tallados en el gimnasio y los centros de estética- me ha dicho, con cierto nerviosismo, que cuando se sumergía en la piscina y nadaba en solitario, notaba en ocasiones una corriente más cálida y como si alguien pasara rozándola". Esas mujeres tienen demasiado tiempo para pensar en sí mismas, le digo. "Esa mujer desconoce la historia que te he contado", me responde cruzando unas magníficas piernas. Le gustan los bañadores malvas con bordados en oro. Se esconde tras unas gafas negras, sonrío y termina: "he comprobado que bajo aquel olivo de la izquierda, donde tendían sus cuerpos, nunca hay nadie tomando el sol; incluso los sábados, cuando no cabe un alma en el césped".